

que no juzgaba oportuno el momento para hacer la petición que deseaba, pues aun no había visto en el monarca mejicano señal ninguna en favor del catolicismo (1).

Hernán Cortés, respetando la opinión del sabio misionero mercedario, desistió por entonces de su petición. Luego, dirigiendo la palabra al monarca azteca, le suplicó que le permitiese penetrar en el santuario para conocerlo, y ver las imágenes de sus divinidades. Moctezuma conferenció un instante con los sacerdotes, respecto á si se podía acceder á la solicitud sin ofensa de los dioses, y recibiendo una contestación afirmativa, condujo á los españoles al interior del santuario. Era éste bastante espacioso. Sus altares y paredes eran de cantería, maravillosamente trabajada, llenos de caprichosas labores y de figuras perfectamente esculpidas (2).

Sobre el altar, que se descubría enfrente de la entrada, se levantaban las estatuas de los númenes de la guerra, figurando, en primer término, la horrenda imagen del sanguinario Huitzilopochtli, deidad tutelar de los aztecas. Su rostro se veía cruzado de lineamientos misteriosos. Rodeaba su garganta un ancho collar con rostros de plata y corazones de oro, emblema de los sacrificios humanos en que se complacia. Una serpiente, brillante de rica pedrería y perlas, ceñía su cintura. Tres flechas de oro, de sobresaliente mérito artístico, empuñaba en la mano izquierda, y un arco del mismo precioso metal, adornado

(1) Bernal Díaz. *Historia de la Conquista*.

(2) «De muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento.» Segunda carta de Cortés.

de pedrería, sostenía en la derecha. Todas las estatuas eran colosales y de diferentes materias, siendo algunas de masa de semillas y legumbres mezcladas, amasadas con la sangre de las víctimas humanas (1).

En aquellos momentos, y acaso para desagrar á los dioses de la visita de los españoles al templo, ardían, mezclados con incienso, en unos braseros colocados delante del dios de la guerra, varios corazones de personas sacrificadas en las primeras horas de la mañana. El humo del copal, impregnado en sangre, se levantaba espeso y negro, exhalando un olor repugnante (2).

En el santuario inmediato, que formaba la otra torre, figuraban los ídolos de otras divinidades más benignas, ocupando un lugar privilegiado la estatua del dios Texcatlipoca, inmediato en dignidad al *Ser invisible* llamado *Teotl*, á quien en sus plegarias llamaban «el dios por quien vivimos»: «El que todo lo tiene en sí mismo» (3). Era Texcatlipoca, que significa *espejo reluciente*, el autor del cielo y de la tierra, *alma del mundo* y señor de todo lo creado. Representaba á un joven de belleza perpetua. Su estatua, que era colosal, estaba hecha de una piedra negra y reluciente llamada *teotell*, esto es, *piedra divina*,

(1) «Sus ídolos, en quien estas gentes creen, son de muy mayores estatuas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, é amasándolas con sangre de corazones de cuerpos humanos.» Seg. carta de Cortés.

(2) «Y estaban allí unos braseros con incienso, que es copal, y con corazones de indios aquel día sacrificados, é se quemaban.»—Bernal Díaz del Castillo.

(3) Tomo primero de esta obra, pág. 460.



y descansaba sobre un sólido altar de cinco piés de alto. Tenia atado el cabello con un cordon de oro, de cuyo extremo pendia una oreja, tambien de oro, para indicar que escuchaba los ruegos que los afligidos le dirigian. Colgaba de su labio inferior un cañuto transparente, con una brillante pluma verde en el fondo, que imitaba una rica piedra. Una lámina de oro macizo cubria su pecho, y preciosos brazaletes del mismo rico metal ceñian sus brazos. De sus orejas pendian notables pendientes de oro; y en la mano izquierda tenia un bellissimo abanico, tambien de oro, adornado de brillantes plumas, en que se reflejaban los objetos como en un limpio espejo (1).

Pero aunque era considerada esta divinidad como menos exigente de víctimas humanas, no por eso dejaba de ser sangriento el homenaje que le ofrecian. Sobre su altar se veian en aquel momento cinco corazones que habian sido arrancados pocas horas antes del pecho de cinco desgraciados séres humanos (2).

Las paredes de ambos templos, los altares y el pavimento se veian manchados de sangre de las víctimas humanas allí sacrificadas desde su construccion. Las costras del rojo líquido tapaban las preciosas labores de la cantería; y el «hedor», dice Bernal Diaz, era mas insoportable que el que se percibe «en los mataderos de Castilla» (3).

(1) Tomo primero de esta obra, pág. 462.

(2) «Y allí le tenian presentados cinco corazones de aquel dia sacrificados.»—Bernal Diaz.

(3) «Y tenia en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor.»—Bernal Diaz.

A un lado de los altares de los horrendos ídolos se veian trompetas, bocinas y agudas navajas de *iztli* para los sacrificios.

El segundo y tercer cuerpo de estos dos santuarios del gran *teocalli* eran de exquisito maderámen, con relieves de oro y plata, y figurando entre sus adornos mónstruos raros y misteriosos jeroglíficos. Un monstruoso tambor cilindrico, hecho de pieles de serpiente, que venia á ser la campana del gigantesco templo, se hallaba en una de las torres. Su melancólico y aterrador sonido se escuchaba desde los alrededores de la ciudad.

Cortés y sus compañeros, no pudiendo sufrir la fetidez que despedia la sangre impregnada en todas partes, salieron de los adoratorios á respirar el aire libre que reinaba en la plataforma. Horrorizado el caudillo español con el triste espectáculo que acababa de presenciar de los corazones recientemente arrancados á los que habian sido inmolados, creyó como un deber sagrado intentar, de una manera prudente, la manera de separar á Moctezuma de que se continuasen las hecatombes humanas. Tomando un aire agradable y dejando asomar á sus labios una grata sonrisa, le dijo en tono amistoso: «No comprendo cómo un monarca del talento y claro discurso que distinguen al magnánimo Moctezuma, puede creer y adorar en esos falsos dioses, que no son otra cosa que los representantes del demonio. Si quereis convenceros, lo mismo que vuestros sacerdotes, de la verdad de mis palabras, permitidme que en la alto de este santuario coloque la cruz de la redencion, y vereis enmudecer á los sangrientos ídolos que os tienen engañados.»



Un profundo disgusto se marcó en el semblante del emperador azteca y de los sacerdotes al escuchar aquellas palabras. «Si hubiera imaginado—contestó Moctezuma con severidad—que pronunciaríais las frases ofensivas que habeis pronunciado contra nuestros dioses, jamás hubiera dado permiso para que visitáseis nuestro templo. Estos dioses son buenos. Por ellos alcanzamos grandes cosechas; y por ellos la nacion mejicana ha conseguido grandes victorias. Para honrarlos, continuaremos sacrificando como hasta aquí; y os ruego que no pronuncieis otra palabra que pueda ultrajarles.»

Hernan Cortés dió algunas excusas, manifestando que no habia sido su intento ofenderle, y se despidió del monarca azteca diciendo que era ya hora de retirarse. Moctezuma le contestó que él se quedaba aun en el templo, pues tenia precision de orar y hacer alguna penitencia para alcanzar el perdon de los dioses por haber llevado al templo á hombres de otra religion (1).

Despues de haber bajado del gigantesco *teocalli*, los españoles se detuvieron á examinar otros muchos edificios comprendidos dentro del recinto. Habia entre ellos varios templos, aunque mas pequeños, dedicados á diversas divinidades, levantando cuarenta torres ó santuarios, manchados todos con sangre de desgraciadas víctimas. Uno de los mas notables era el consagrado al dios del aire, cuya entrada imitaba la boca de un dragon, cuyos afilados colmillos estaban rojos de sangre. A su lado se hallaba la piedra del sacrificio y los horribles instrumentos

(1) Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

preparados para las víctimas. A corta distancia se levantaba un edificio que caracterizaba la sangrienta religion que formaba contraste con el grado de adelanto y el amor á las flores y á la bella naturaleza que distinguia á los antiguos aztecas. Era una pirámide en cuya ancha cumbre se veian colocados, en sesenta vigas altísimas, agujereadas de arriba á abajo, un número considerable de cráneos humanos, pertenecientes en su mayor parte á los prisioneros de guerra sacrificados á los ídolos. Uno de los oficiales de Hernan Cortés, llamado Andrés de Tapia, tuvo la curiosidad de contar aquellos horribles trofeos, que ascendian, segun afirma, á ciento treinta y tres mil.

No muy lejos de este horripilante edificio se levantaba uno altamente original, por el destino á que estaba dedicado. Era una cárcel, de notables dimensiones, donde tenian aprisionados á los ídolos de las provincias conquistadas, que habian sido conducidos á la capital como prisioneros de guerra.

Además de los templos, habia dentro del mismo recinto varios seminarios para ambos sexos; vastos edificios destinados para habitacion de los sacerdotes; un hospicio para alojar á los peregrinos que llegaban de lejanos pueblos; un hospital; fuentes, jardines, un amplio estanque, alimentado por las limpias aguas de Chapultepec, destinado para el servicio de los dioses; grandes graneros, en que estaban almacenados los productos pertenecientes á las propiedades que tenia el clero, y otros departamentos dedicados á diversos objetos. Aquel recinto contenia, por decirlo así, una sociedad con todos los elementos de existencia para sus habitantes y el servicio del culto.



Era una ciudad en miniatura, encajonada dentro de la capital, cuyos rasgos de civilizacion revelaban los adelantos de la nacion entera en sus obras de arte, en sus seminarios, en su ornato, jardines, fuentes y buen orden, así como la aberracion de sus ideas religiosas en los instrumentos de muerte para los sacrificios, y en la elevada pirámide de cráneos, lúgubre página en el apreciable libro de la marcha del pueblo azteca por la senda de la civilizacion (1).

Los españoles, despues de haber recorrido los diversos edificios próximos al gran *teocalli*, volvieron á su cuartel, admirados de la grandeza de la ciudad, y profundamente conmovidos con la vista de los instrumentos de muerte que en los templos ocupaban un lugar preferente.

Hernan Cortés, dominado por sus ideas religiosas, meditaba en la manera de inclinar á Moctezuma al catolicismo, para evitar que se continuasen las hecatombes de victimas humanas.

La empresa era difícil.

Usar de la fuerza hubiera sido provocar una guerra, para la cual se hallaba en muy malas condiciones.

Cortés pensó tratar al siguiente dia con el padre Fray Bartolomé de Olmedo, lo que seria conveniente hacer sobre aquel delicado asunto; y habiendo pasado la tarde ocupado en el buen arreglo de lo concerniente al ejército, se entregó al reposo, poco despues de las primeras horas de la noche.

(1) En el tomo primero de esta obra desde la página 682 hasta la 685, he hablado de los edificios contenidos dentro del recinto en que estaba el gran templo.

### CAPÍTULO III

Cortés solicita de Moctezuma el permiso de convertir en capilla católica una de las salas del cuartel, y le es concedido.—Hallan el tesoro que guardaba Moctezuma de su padre Axayacatl.—Se vuelve á tapar la puerta por orden de Cortés, sin tocar ni una sola alhaja.—Palacios y casas de recreo de Moctezuma.—Rumores de un ataque contra los españoles.—Hostilidades de un gobernador azteca contra la guarnicion de Villa Rica.—Manda matar alevosamente á cuatro soldados castellanos que solicita vayan á su ciudad.—Muere en una accion el gobernador de la Villa Rica.—Critica posicion de Cortés.—Consulta con sus capitanes sobre el partido que se debe tomar para salir bien de la terrible situacion en que se hallan.—Se dividen las opiniones.—Cortés emite la suya y es admitida.—Se resuelve prender á Moctezuma en su propio palacio.

El primer cuidado de Hernan Cortés al siguiente dia de haber visitado el templo dedicado al dios de la guerra, fué tener una conferencia con el prudente misionero mercedario, relativa al asunto religioso. El padre Olmedo manifestó que no era conveniente por entonces insistir en solicitar de Moctezuma la cesion de un templo suyo